



Maristella Svampa

Maristella Svampa es investigadora y escritora. Estudió filosofía en la Universidad de Córdoba, y es Doctora en Sociología por la Escuela de altos estudios en ciencias sociales (Francia).

Actualmente se desempeña como Investigadora Superior del Conicet y Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata. Recibió el Premio Kónex de platino en Sociología (2016) y el Premio Nacional de Ensayo Sociológico (2018). Se autodefine como una intelectual anfibia y una patagónica que piensa en clave latinoamericana. Sus temas son la crisis socioecológica, los movimientos sociales y la teoría social.

Entre sus últimos libros se cuentan *Chacra 51. Regreso a la Patagonia en los tiempos del fracking* (2018), *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina* (2018) y recientemente, *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal) desarrollo* (junto con Enrique Viale, septiembre de 2020). Es una de las impulsoras del Pacto Ecosocial e Intercultural del sur. Su página web es www.maristellasvampa.net

Entre el analfabetismo ambiental y la urgencia de la transición socioecológica

Antropoceno y Terricidio

Como planeta hace tiempo que hemos abandonado el Holoceno, una edad caracterizada por la estabilidad climática, que duró aproximadamente entre diez y doce mil años y permitió la expansión y el dominio del ser humano sobre la Tierra. Hoy vivimos la edad del Antropoceno, una nueva era en la cual nos hemos convertido en una fuerza de transformación con un alcance global y geológico. Los indicadores del Antropoceno remiten a múltiples factores. Entre ellos la inestabilidad climática, producto del calentamiento global, la extinción

ecosistemas naturales y el destino de la humanidad". Los tiempos se han reducido y los desafíos requieren audacia y severidad, ya que "las reacciones en cadena climática pueden causar alteraciones significativas en los ecosistemas, las sociedades y las economías que podrían hacer que grandes áreas de la tierra se vuelvan inhabitables".

No es el caso hacer aquí la historia larga de esta degradación, producto de la acción antrópica, o de relevar el acoplamiento dramático entre los largos tiempos geológicos y los cortos tiempos sociales.² Si resulta

primas y energías, lo cual impulsa el incremento del metabolismo social y trae aparejado una mayor presión sobre los bienes naturales y territorios. El resultado es una mercantilización que abarca todos los factores de producción: el agua, los bosques, las semillas, la vida toda.

Ahora bien, lo que aparece asumiendo un carácter planetario (el calentamiento global y su expresión en la crisis climática) y remite sin duda a responsabilidades geopolíticas, debe ser conectado también con procesos territoriales que adoptan dinámicas locales y regionales específicas: la

"Hoy vivimos la edad del Antropoceno, una nueva era en la cual nos hemos convertido en una fuerza de transformación con un alcance global y geológico."

masiva de especies y la consiguiente pérdida de biodiversidad; los cambios en los ciclos biogeoquímicos, fundamentales para mantener el equilibrio de los ecosistemas; el aumento de la población mundial y la concentración urbana, la expansión de un modelo de consumo insustentable y un régimen alimentario global tóxico.

La vertiginosidad de las transformaciones es tal, que poco antes de la pandemia del COVID-19, circuló una carta firmada por más de once mil científicos de todo el mundo, advirtiendo sobre la gravedad de la crisis climática, la cual se está acelerando más rápido de lo que la mayoría de los científicos esperaban. "Es más severo de lo previsto, amenaza los

necesario subrayar que, más allá de dónde coloquemos el punto de inicio del Antropoceno (la Modernidad capitalista, la era de los combustibles fósiles o la Segunda Guerra Mundial), en los últimos 30 años hemos asistido a un fenómeno de aceleración del metabolismo social. De la mano de la Organización Mundial del Comercio y la nueva arquitectura comercial mundial, hemos consolidado un modelo de consumo que exige para su mantenimiento mayor cantidad de materias

1. Ver <http://www.laizquierdadiario.com/Once-mil-cientificos-del-mundo-El-planeta-Tierra-se-enfrenta-a-una-emergencia-climatica>

2. Maristella Svampa y Enrique Viale, *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir de los modelos de (mal)desarrollo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2020.

expansión de la frontera petrolera y minera, los monocultivos y el avance de la ganadería intensiva y la cría de animales a gran escala, la expansión de la frontera forestal y pesquera, la construcción de megarepresas, entre otros, son la expresión directa de esta lógica mercantilizadora del capital, que va reconfigurando sobre todo los territorios del sur global, desplazando poblaciones y destruyendo ecosistemas, conduciendo al planeta cada vez más a lo que la referente mapuche, Moira Millán, denomina como *Terricidio*.³

3. Ver: <https://www.revistaamazonas.com/2020/04/20/terricidio-mujeres-indigenas-luchando-por-justicia-y-construyendo-suenos-colectivos/>



"Resulta necesario subrayar que, más allá de dónde coloquemos el punto de inicio del Antropoceno, en los últimos 30 años hemos asistido a un fenómeno de aceleración del metabolismo social."

La pandemia y la invisibilización de las causas socioambientales, agregan una capa más de espesor a la crisis que atraviesa la humanidad, entre la extensión del confinamiento, la concentración de la riqueza y la explosión de las desigualdades; la incierta nueva normalidad y la amenaza de la extinción, la crisis de los sistemas políticos representativos y la expansión de nuevas derechos. Aunque poco difundidas, son numerosas las investigaciones que indican que el COVID-19, al igual que otros virus altamente infecciosos que se han conocido en las últimas décadas –el ébola, gripe aviar, gripe porcina, SARS, el SIDA– responde a dos tipos de causas, inextricablemente ligadas: por un lado, la devastación de ecosistemas y el avance de la deforestación, que expulsa animales silvestres y libera virus altamente contagiosos y de carácter zoonótico, acercándolos a zonas urbanas y posibilitando así el salto interespecie⁴; por otro lado, la cría de animales a gran

escala (feetlots, megafactorías de aves y porcinos), que se han transformado en un peligroso caldo de cultivo de virus zoonóticos, con potencial pandémico.⁵ A esto se suma el hecho de que la aceleración de los intercambios económicos y sociales en tiempos de globalización neoliberal, explican la velocidad con la cual se expandió el virus por el mundo. Sin embargo, se habla muy poco del hecho de que detrás de la crisis sanitaria global, hay modelos productivos insustentables y una gran crisis socioecológica, que trae consigo no sólo el riesgo de nuevas pandemias, sino también numerosos impactos sociales, ambientales y sanitarios ligados al cambio climático, para los cuales la humanidad y muy especialmente los países más pobres, no están preparados.

En suma, en tanto diagnóstico de crisis, el Antropoceno o Terricidio alude a los graves impactos de los patrones actuales de desarrollo globales que se

despliegan a nivel local y territorial e instala la pregunta necesaria, urgente e indefectible, sobre la necesidad de abandonar los actuales modelos de (mal)desarrollo.

Ambientalismos Populares

La Argentina es un laboratorio a cielo abierto en lo que se refiere a modelos de (mal)desarrollo: monocultivo y expansión de la frontera sojera, deforestación y fumigaciones con glifosato a gran escala; minería a cielo abierto, expansión de energías extremas, como la explotación de hidrocarburos no convencionales a través del *fracking*; avance del urbanismo neoliberal sobre ecosistemas frágiles, megarrepresas y proyectos de energía nuclear. A esto hay que sumar las "zonas de sacrificio" ya existentes; esto es, territorios muy deteriorados que comprometen la vida de las personas, debido a la existencia de pasivos mineros y petroleros, así como a la profundización de los impactos socioambientales y territoriales en los polos industriales y petroquímicos en diversos puntos del país (Riachuelo, Ingeniero White, Abra Pampa, entre otros).

Lejos de ser el resultado de reformas impulsadas desde arriba o de la política pública, fueron las diferentes luchas llevadas a cabo sobre todo en nuestras lejanas provincias, fuera de las grandes urbes, por numerosos colectivos asamblearios y organizaciones de base, grupos de mujeres y jóvenes de clases medias provincianas, comunidades indígenas y pobladores rurales, los que con grandes dificultades y en situación de gran asimetría de poder, lograron colocar la cuestión ambiental en la agenda política y pública nacional. Esto incluye desde protestas en la calle, cortes de

4. Para el tema ver: David Quammen, *Spillover. Animal Infections and the Next Human Pandemic*, W.W.Norton & Company, Nueva York-Londres, 2012 (editado recientemente en castellano; *Contagio. La evolución de las pandemias*, España, Debate, 2020).

5. Rob Wallace, *Big farms make big Flu*, [Dispatches on Infectious Disease, Agribusiness, and the Nature of Science](https://www.pagan12.com.ar/256569-no-le-echen-la-culpa-al-murcielago), Monthly Review Press, Nueva York, 2016; y Slvia Ribeiro, "No le echen la culpa al murciélago", Página 12, 2 de abril de 2020, <https://www.pagan12.com.ar/256569-no-le-echen-la-culpa-al-murcielago>

Entre el analfabetismo ambiental y la urgencia de la transición socioecológica

ruta hasta iniciativas legislativas que cuestionan la minería a cielo abierto, las fumigaciones con agrotóxicos, el desmonte, la contaminación petrolera, el *fracking* y la energía nuclear.

La Argentina del siglo XXI, la de la postconvertibilidad, se tornó más compleja en términos de conflictos sociales, a partir de una dinámica establecida entre diferentes centros y periferias. La irrupción de la cuestión ambiental se dio en este nuevo contexto y, junto con la agenda de los pueblos originarios, pasó a ocupar la periferia. Así, mientras el centro político aparece ocupado por un conjunto de organizaciones sindicales, las grandes organizaciones sociales/comunitarias (desocupados y economía social) y cada vez más las movilizaciones feministas; los conflictos socioambientales fueron confinados a la periferia, encapsulados en los territorios locales y provinciales, alineando en contra la alianza de los diferentes lobbies (sojero, ganadero, minero, inmobiliario, petrolero) con el poder político.

Un nuevo ciclo de movilización ecoterritorial se abrió en el país en 2003, con el conflicto en Esquel, Chubut, en contra de la instalación de una minera. Y aunque resulte imposible nombrar todos los conflictos socioambientales e iniciativas legislativas que se han sucedido desde entonces, recordemos algunos hitos: el largo conflicto con el Uruguay por la instalación de las pasteras en Gualaguaychú, la histórica resolución de la Corte Suprema de Justicia ordenando el saneamiento -nunca realizado- en la cuenca Matanza-Riachuelo (2008); el debate por la Ley Nacional de Bosques (2007) frente al avance de los desmontes;

los ataques permanentes del lobby minero contra la Ley Nacional de Protección de Glaciares, que este 2020 cumple 10 años; la pueblada en defensa de un Famatina sin minería, en la Rioja, en 2012; los acampes de los humildes jachaleros de San Juan, que desde 2015 protestan contra los derrames contaminantes producidos por la todopoderosa Mina Veladero; las tempranas denuncias de las Madres del Barrio Ituzaingó, de Córdoba, por los impactos del glifosato en la salud de sus hijos y vecinos; el incremento de la disputa por la tierra que dejaría en su camino excluidos, expulsados y víctimas, indígenas, campesinos y pobres rurales frente la expansión de la frontera agraria⁶; la protesta de los mapuches que hoy hace pie en Vaca Muerta, pero que trasluce una larga historia de contaminación en la cuenca neuquina; la vulnerabilidad de los pobres rurales y los chacareros en Allen, en el corazón del Alto valle rionegrino, donde el *fracking* avanza desplazando plantaciones centenarias de peras y manzanas...

Asimismo, pese a la gran asimetría de fuerzas, el carácter periférico de las luchas ecoterritoriales alterna con momentos de alta exposición política y mediática. Esto sucedió, por ejemplo, en relación a las luchas contra la minería a cielo abierto, cuando la pueblada de Famatina irrumpió con una frescura inesperada el verano caliente de 2012. O cuando los sucesivos derrames de soluciones cianuradas de la mina Veladero pusieron en el tapete el carácter insustentable

de la minería en San Juan, que hasta ese momento se había considerado como “modelo”. Sin embargo, estas ventanas de oportunidad son siempre transitorias y tienden a clausurarse muy rápidamente, al calor de los lobbies empresariales y sus alianzas con la clase política y la complicidad de los propios medios de comunicación, que reciben generosas pautas publicitarias, y rápidamente silencian la problemática, para volver a poner las cosas “en su lugar”.

Durante la campaña electoral de 2019, ninguno de los candidatos presidenciales, a excepción de la izquierda, colocó el debate sobre los modelos de desarrollo ni tampoco señaló la importancia de avanzar en una agenda socio-ambiental que incluya la participación ciudadana. Ninguno puso siquiera algún tipo de cuestionamiento sobre el *fracking* (más allá de las diferencias en torno a cómo avanzar con Vaca Muerta), la megaminería y el agronegocios.

En este escenario tan poco alentador, a menos de un mes de asumido el nuevo gobierno, la pueblada mendocina irrumpió como algo novedoso; produjo un punto de inflexión en la historia socioambiental de nuestro país, cuyas consecuencias estamos viviendo en la actualidad. En diciembre de 2019, la población mendocina se volcó a las calles y las rutas, cuando el gobernador recién electo, Rodolfo Suárez (UCR-Cambiemos) en acuerdo con el Frente de Todos, decidió modificar la ley 7722 para habilitar el ingreso de la minería a cielo abierto, una actividad que utiliza millones de litros de agua potable, además de sustancias químicas contaminantes. La modificación de la ley se hizo en el marco

6. Tal como lo prueba, entre otros, el asesinato en 2009 del comunero indígena Javier Chocobar en Tucumán, filmado en vivo y llevado recientemente a documental por Lucrecia Martel.

de una legislatura vallada, con una sociedad movilizadora y en un contexto de déficit hídrico histórico. Solo una semana más tarde, frente al carácter masivo del levantamiento social, y con una provincia paralizada, el ejecutivo provincial retrocedió y envió la nueva ley para su derogación, restableciendo de pleno la ley 7722. Una vez más, quedó en claro que en Mendoza no hay licencia social para la minería a cielo abierto. Vale recordar también que ésta fue la mayor manifestación por el agua vista en Argentina, incluso una de las más grandes que se recuerde en América Latina.

Por su envergadura, su masividad y transversalidad, la pueblada mendocina se convirtió en la primera protesta ambiental de carácter provincial en defensa del agua, conectando así la crítica al neoextractivismo con la crisis climática. Puso en acto la enorme riqueza y variedad del ambientalismo en Argentina, que compone un amplio, heterogéneo y novedoso arco de lo que podemos denominar el *Ambientalismo Popular Argentino*, el cual incluye desde los numerosos colectivos antiextractivistas expandidos por las diferentes provincias, los pueblos originarios que reclaman por tierra y territorio, aquellos que promueven la agroecología y la defensa de la soberanía alimentaria, los feminismos populares y comunitarios, los colectivos animalistas, los grupos culturales de comunicación alternativa, entre otros. Desde 2018, hay que sumar los numerosos colectivos de jóvenes que, inspirados por Greta Thunberg, bregan por la Justicia Climática, tales como Jóvenes por el Clima, Viernes para el Futuro, Alianza por el Clima, Rebelión o Extinción, todos los cuales amplifican las voces

y buscan dar visibilidad a la amplia cartografía nacional de las luchas socioambientales.

En el contexto de la pandemia, lo ambiental volvió a irrumpir en la agenda pública, revelando la conexión entre crisis sanitaria, neoextractivismo y emergencia climática: de un lado, las crecientes movilizaciones que denunciaban la multiplicación de incendios en los humedales del Delta y los diferentes lobbies empresariales que hay detrás de la negativa a sancionar una ley protectora. En septiembre, la superficie incendiada en las islas del Paraná fue de 198.863,25 hectáreas, una cifra que se duplicó en relación al mes anterior. Como sostiene la investigadora Gabriela Merlinsky, “Ello muestra que estamos muy cerca de lo que, en ciencias ambientales, se conoce como *tipping point* (punto crítico), un momento de inflexión que puede generar cambios irreversibles para los ecosistemas”⁷. De otro lado, asistimos a un amplio rechazo ambientalista al proyecto promovido por la cancillería argentina, que se propone instalar veinticinco megafactorías de cerdos para vender carne a la república de China⁸. Y como ya sucedió con la soja, la minería a cielo abierto, el *fracking*; el gobierno busca avanzar

7. Ver: <https://elpaisdigital.com.ar/contenido/de-incendios-y-humedales-cerca-del-punto-de-no-retorno/28195?fbclid=IwAR3d-owiXOmmMCju68KhGV9Mk-hapKFVXRG-9BXvE7kYtml138LomLYMI.Rzps>

8. Ver la siguiente declaración: “No queremos ser una factoría de cerdos para China ni una fábrica de nuevas pandemias”, y el libro colectivo que hemos elaborado con otros colegas, 10 mitos y verdades de las megafactorías de cerdos que quieren instalar en Argentina. <https://pactoecosocialeconomico.blogspot.com/2020/10/libro-10-mitos-y-verdades-de-las.html>

sin llevar a cabo ni estudios de impacto ambiental y sanitario, sin abrir la discusión pública ni promover la participación de la sociedad. A esto se agrega, que numerosas investigaciones indican que las megafactorías de cerdos, además de conllevar riesgos ambientales y sanitarios, son un caldo de cultivo de potenciales pandemias. Por último, más allá de las restricciones de la pandemia, el extractivismo no sufrió ninguna parálisis. En lo que va del año se arrasaron más bosques en 2020 que en el mismo período de 2019. Según Greenpeace, entre el 1 de enero y el 30 de junio de 2020 se desmontaron 38.852 hectáreas de bosques nativos⁹.

Intereses y cegueras epistémicas

No hay nada que moleste o que incomode más a las élites políticas y económicas nacionales, que tener que abrir obligadamente, y cada vez más, la agenda de la discusión pública a las demandas socioambientales. En este punto, éstas suelen ser tratadas *prima facie* como obstáculos al “desarrollo” y al crecimiento económico, cuando no minimizadas, infantilizadas, exotizadas o consideradas exageradas en sus argumentos y reclamos, en nombre del realismo político, de las necesidades sociales imperantes y/o de las promesas asociadas a la solución tecnológica.

En realidad, podría invertirse este cuadro de situación, y colocar el foco en las causas de esta negación persistente. Bien podría decirse que resulta increíble, por no decir demencial, que

9. Ver: <https://www.greenpeace.org/argentina/story/issues/bosques/a-pesar-de-la-cuarentena-se-arrastraron-mas-bosques-que-el-ano-pasado/>

Entre el analfabetismo ambiental y la urgencia de la transición socioecológica

estando en plena crisis climática y atravesando una pandemia de indudable raíz zoonótica, las élites políticas y económicas continúan negando la importancia de la problemática socioambiental. Pero es tal el esfuerzo manifiesto por no indagar en las causas de la pandemia, que no pocos deben creer que ésta es un puro brote de la naturaleza que se da cada tanto y nada tiene que ver con los modelos de (mal)desarrollo. Así, pese a que existe una creciente conciencia socioambiental que irrumpe desde abajo, en líneas generales la cuestión ambiental continúa siendo para muchos un punto ciego, no conceptualizable, que desborda las diferencias político-ideológicas, instalándose por encima de la polarización vigente.

Las demandas ambientales son molestas e incómodas, no sólo porque cuestionan poderosos intereses económicos, sino también porque exigen otro modo de ver las cosas y otro vínculo con la naturaleza y las diferentes formas de vida. Generan incomodidad porque ponen de manifiesto una ceguera epistémica de parte de las élites económicas y políticas, globales y nacionales, ligada a una determinada visión del Desarrollo, del crecimiento económico indefinido y del progreso, responsable de la actual situación de catástrofe socioambiental. Pero hasta dónde la ceguera epistémica, conjugada con intereses económicos, impide leer la realidad, depende del contexto y lo que éste deja ver.

Si volvemos a nuestro país y nos enfocamos en los debates socioambientales que se instalaron en medio de la pandemia del COVID-19, se pueden advertir ciertas diferencias. Mientras que en relación a los humedales y las

quemadas intencionales, todo parece indicar que no existe voluntad política ni de parte del gobierno ni de parte de la oposición para imponerse por sobre los poderosos lobbies que están detrás de los incendios (que además trasluce las alianzas entre poder político y económico, sin distinción de banderías); el caso de las controversiales megafactorías de cerdos, la ilusión de generar dólares en un contexto de recesión y los intereses económicos en juego, dispara de modo automático otras defensas ideológicas.

En el debate sobre los chanchos chinos, pudimos leer a economistas vinculados al oficialismo que reaccionaron de manera virulenta. Se habló de “ambientalismo falopa”; se buscó maliciosamente asociar el rechazo a las megafactorías de cerdos con posiciones reaccionarias y/o xenofóbicas (*protrump*, por “antichinos”). Lo curioso de algunos artículos es que, pese a todo, comenzaban hablando de la “importancia del ambiente”, de “la sustentabilidad”, pero acto seguido, no hacían más que refrendar una perspectiva lineal y productivista. Así, lo ambiental ya no puede ser soslayado, pero su invocación constituye una mera formalidad carente de contenido, que no revela ningún aprendizaje y mucho menos un cambio de posiciones. La ceguera epistémica persiste y revela un preocupante analfabetismo ambiental.

Asimismo, el debate mostró las derivas de la multicausalidad, producidas por la conjunción de negación, ignorancia e intereses económicos. Este fue el caso del representante del llamado empresariado nacional, Hugo Sigman, Ceo del Grupo Insud y Biogénis Bagó, el que, por un lado, monta

laboratorios y financia una de las posibles vacunas para el Coronavirus; pero, por otro lado, devino un entusiasta promotor de las megafactoría de cerdos, cuyos riesgos -se nos dice explícitamente- los propios chinos han decidido “externalizar” y cuyo potencial pandémico está probado.

Una vez más: no es que en esta visión productivista y/o tecnocrática lo ambiental brille por su ausencia, pero continúa siendo un saludo a la bandera, algo meramente decorativo, un adjetivo (“desarrollo sustentable”), una columna más en el balance contable de la empresa, algo que se cree poder resolver con un par de soluciones tecnológicas (la razón arrogante), que no apuntan por supuesto a las causas de la crisis, pero que permite continuar con la fuga hacia adelante, sin cuestionar la visión hegemónica del desarrollo.

Por último, también una parte importante de las ciencias sociales y humanas, sea por indiferencia, por comodidad, o por pura negación, ha venido dándole la espalda a las problemáticas socioambientales, la cual aparece confinada a ciertos “nichos” (ecología política, sociología de los movimientos sociales, geografía crítica, entre otros) cuando no, solamente reservada a especialistas de las ciencias naturales o ciencias de la tierra, como si lo ambiental no hablara del planeta, de nuestra casa común y solo remitiera a un aspecto parcial, una variable más, abordable desde una de las tantas disciplinas existentes. Sucede que como lo ambiental incómoda y cuestiona los credos desarrollistas preexistentes, como lo ambiental supone levantar el velo sobre los modelos de apropiación, de producción, de consumo y

de desechos que todos reproducimos; no son pocos los que prefieren no abandonar la zona de confort. Más aún, para una parte importante de las ciencias sociales argentinas, vinculadas al campo progresista, colocar la atención sobre lo ambiental no solo conllevaría un cuestionamiento de sus credos desarrollistas, implicaría también interrogarse sobre los alcances de sus adhesiones políticas.

En tiempos de Antropoceno y Terricidio, esto ha traído consecuencias desastrosas. Ha obstaculizado la posibilidad de construcción de un lenguaje transdisciplinario, de un enfoque integral que diera cuenta de la complejidad y transversalidad de la problemática socioecológica. Asimismo, en un momento de crisis de las narrativas emancipatorias, esta negación ha contribuido a obturar la imaginación política, imposibilitando pensar o debatir otros escenarios políticos-civilizatorios o alternativas. Por último, y no sólo por default, la realidad nos advierte sobre su funcionalidad con la consolidación de modelos de maldesarrollo y la aceleración del colapso ecológico.

Lo social y lo ambiental

Durante las últimas décadas, los gobiernos latinoamericanos buscaron oponer lo social y lo ambiental. Así, los diferentes progresismos justificaron el neextractivismo y la depredación ambiental en nombre del desarrollo y de la reducción de las desigualdades, lo cual generó una situación paradójica, a partir de la instalación de una agenda selectiva de derechos, que negaba y/o desestimaba las demandas socioambientales, y gran parte de los reclamos indígenas por tierra y territorio. Por su parte,

los gobiernos neoliberales y conservadores, sin discursos vergonzantes, apostaron a la radicalización del neextractivismo, tal como sucedió en Argentina (2015-2019), donde además se apuntó a convertir a los indígenas en el “enemigo interno”¹⁰.

Hoy sabemos que una parte importante del crecimiento económico experimentado en América Latina durante el boom de los *commodities*, fue capturado por los sectores más ricos de la sociedad. Datos de la revista Forbes muestran que la riqueza de los multimillonarios latinoamericanos (con fortunas superiores a US\$ 1000 millones de dólares) creció a un ritmo de 21% anual entre 2002 y 2015, un incremento seis veces superior al del PBI de la región (3,5% anual)¹¹. En 2013-2014, según Oxfam, el 10% de las personas más ricas de la región se quedaba con 37% de los ingresos; pero si se consideraba la riqueza, estos datos ascendían de modo abrumador, mostrando que el 10% más rico, acumulaba el 71% de la riqueza; mientras el 1% más privilegiado, se quedaba con el 41%¹². Todo esto sucedió también en Argentina, donde al final del boom de los *commodities* (2013), vimos que, pese a la reducción de la pobreza, hubo un aumento de la concentración de la riqueza y se expandió el neextractivismo; algo que después, con la alternancia neoli-

beral y los sucesivos ajustes, escaló y empeoró a niveles incalculables.

En la actualidad, América Latina continúa siendo la región más desigual del planeta, incluso en términos de concentración y acaparamiento de tierras, lo cual sin duda redefinió la cuestión de la disputa por la tierra, determinando la expulsión de poblaciones y la criminalización e incluso asesinatos de campesinos e indígenas. No por casualidad, es también la región donde se asesinan más activistas de derechos humanos y ambientales. A nivel global, 2017, con 207 asesinatos, casi cuatro personas por semana, fue el año con más muertes registradas de personas defensoras de la tierra y el ambiente, el 60% de ellos, en la región latinoamericana. La mayor parte de estos crímenes están ligados a la expansión de los monocultivos (la agroindustria), la tala y la minería¹³.

Todavía hoy se sigue oponiendo lo social a lo ambiental, como si hubiera una contradicción entre ambos, desestimando el hecho de que quienes más sufren los daños ambientales en nuestras latitudes son los sectores más vulnerables, porque habitan en zonas expuestas a fuentes muy contaminantes, y carecen de los medios económicos y humanos para afrontar las consecuencias y resistir los embates del extractivismo, y sobrellevar los impactos del cambio climático (inundaciones, sequías, tormentas). Así, no es casual que los mapas de la pobreza o exclusión social coincidan en todo el mundo con los de la degradación ambiental, como denunció desde un

10. Para el tema, ver lo que hemos escrito, M. Svampa y E.Viale, en Voces de Fénix, “Continuidad y radicalización del neextractivismo en Argentina”, <https://www.vocesenfenix.com/content/continuidad-y-radicalizaci%C3%B3n-del-neoextractivismo-en-la-argentina>

11. Citado en Gabriel Kessler y Gabriela Benza, *La nueva estructura social latinoamericana*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2020, p. 86.

12. Ibidem, p. 85.

13. Ver <https://www.globalwitness.org/en/press-releases/2017-es-el-%C3%B1o-con-m%C3%A1s-muertes-registradas-de-personas-defensoras-de-la-tierra-y-el-medio-ambiente/>

Entre el analfabetismo ambiental y la urgencia de la transición socioecológica

comienzo el movimiento por la justicia ambiental y climática. En nuestro país y en el marco de la pandemia, esto se ha recrudecido a través del impacto desigual en los barrios donde habitan los sectores más vulnerables, donde se multiplican los contagios debido al déficit estructural de vivienda, acceso a servicios básicos, desempleo y cobertura social insuficiente.

La pandemia amplificó aún más las brechas de la desigualdad en América Latina. Según un reciente informe de Oxfam, las élites económicas y los super-ricos ampliaron su patrimonio en 48.200 millones de dólares, un 17% más que antes de la aparición del COVID-19, mientras que la recesión económica provocaría que 52 millones de personas caigan en la pobreza y otros 40 millones pierdan sus empleos, impulsando un retroceso de 15 años para la región.¹⁴ Tiene razón la antropóloga y pensadora feminista Rita Segato, cuando afirma que “este es un mundo marcado por la dueñidad o el señorío”,¹⁵ y que la palabra desigualdad no alcanza para graficar tamaña realidad. Este es un mundo de dueños. Y en esa línea, neoextractivismo y dueñidad, van de la mano.

Transicionar

La rápida expansión de un arco de organizaciones socioambientales, su potencial dinámica como movimiento de movimientos, al estilo de los feminismos, es uno de los datos

14. Datos de Oxfam, citados en <https://elpais.com/economia/2020-07-29/la-pandemia-agrande-la-brecha-en-america-latina-ocho-nuevos-multimillonarios-y-50-millonarios-mas-de-pobres.html>

15. Ver <http://www.uimp.es/actualidad-uimp/rita-segato-el-mundo-de-hoy-es-un-mundo-marcado-por-la-dueñidad-o-el-senorio.html>

conspicuos del período. De la mano de un potente protagonismo juvenil, el ambientalismo popular argentino va instalándose como un adversario menos fácil de marginalizar que antaño. El ambientalismo deviene no solo un actor molesto, cada vez más filosófico e insoslayable, un actor que exige no solo vocería pública y participación en las decisiones colectivas, sino también cambios drásticos orientados a realizar la transición socioecológica.

Por supuesto, existen diversos grupos y estrategias y esas diferencias buscarán ser explotadas y amplificadas desde los sectores de poder, para debilitar el impacto del ambientalismo sobre la sociedad, y diluir la radicalidad del mensaje y la urgencia de la transición socioecológica. Pero al calor de esas luchas sociales, de esas batallas culturales, la sociedad va reconociendo la importancia de la crisis socioecológica y la validez de esos otros lenguajes de valoración del territorio, de esos otros modos de construcción del vínculo con la naturaleza, de esas narrativas de defensa de la madre tierra.

Nadie es ingenuo. No se está diciendo que la transición sea simple o lineal, mucho menos en un contexto de potenciación de la dueñidad, de destrucción de los ecosistemas y de expansión alocada de las extremas derechas. Pero no nos queda otra alternativa que navegar estas aguas turbulentas. La pandemia nos instala ante nuevos dilemas de tipo político, ético, cultural, económico y parece acelerar la disputa civilizatoria. Este nuevo umbral exige transicionar hacia modelos que articulen justicia social con justicia ambiental, hacia prácticas económicas y productivas basadas en la reciprocidad, la complementariedad y los cuidados; un horizonte de supervivencia que requiere de un nuevo pacto con la naturaleza y cuya consigna no puede ser otra que la sostenibilidad de la vida digna.



"La pandemia nos instala ante nuevos dilemas de tipo político, ético, cultural, económico y parece acelerar la disputa civilizatoria. Este nuevo umbral exige transicionar hacia modelos que articulen justicia social con justicia ambiental."

CONVERSACIÓN 3

La disrupción ambiental

MARINA AIZEN Hay como un campo de preguntas para hacer. Empecemos por Inés. Vos trabajaste como parte de un equipo en un informe de la comprensión pública del cambio climático que es conocido como el "Informe 1.5 °C"¹. Contanos un poco ¿cuánto tiempo nos queda para poner el freno en ese mundo cada vez más caliente?

INES CAMILLONI El informe de esa conferencia fue a pedido para evaluar los impactos posibles, los riesgos del calentamiento, compararlo con un punto de dos grados de calentamiento. Entonces en el informe lo que se muestra en algún punto es lo que vos decías: cuales son las maneras posibles para poder alcanzar esos objetivos para alcanzar lo planteado en el acuerdo de París. Y precisamente lo que se muestra es que esto se va agotando.

De seguir como seguimos hasta ahora es posible que entre el 2030 y 2052, con ese rango de incertidumbre, alcancemos el umbral de calentamiento de 1 grado y medio. Y lo que muestra el informe es que, para poder limitar el calentamiento en ese valor, fijarlo en ese umbral de calentamiento y no sobrepasarlo, debemos drásticamente reducir las emisiones de monóxido de carbono de la atmósfera y de los otros gases que también calientan el planeta. De forma que la reducción que tendríamos que hacer es del 45 % de esas emisiones para el año 2030 y enfocarnos a llegar a ser en lo que se denomina carbono neutral.

Esto implica que las emisiones se balanceen con los sumideros que podemos generar de monóxido de carbono para la mitad de este siglo. Por lo tanto, este informe, creo, es una piedra fundamental en la discusión de las políticas climáticas. Porque por un lado lo que demuestra es que alcanzar los objetivos del acuerdo de París es posible, son ambiciones, pero que las transformaciones que hay que hacer son inéditas. Pero todavía es posible y por lo tanto el informe demuestra cómo se podría hacer para transformar en energía nuestros modelos de producción.

Lo que demuestra también es que un mundo de 2 grados de calentamiento es diferente a un mundo de 1 grado y medio. Lo que significa para muchos estados insulares verse amenazado por la desaparición por el ascenso al nivel del mar que amenaza además a muchos sistemas naturales y que podrían desaparecer. Esto también implica un aumento de la inseguridad alimentaria porque reduciría los niveles de cultivo, por ejemplo. Por lo tanto, la ciencia nos muestra que alcanzar el propósito de París es urgente para iniciar la transformación. Y nos marca por qué es importante alcanzar este objetivo de 1 grado y medio de calentamiento.

MARINA AIZEN Maristella, en el contexto de tener solamente diez años para poner el freno de mano en la generación de gases, y considerando que la pandemia dio pie para la aceleración del debate político en muchos países, en la Unión Europea y en la campaña electoral de las elecciones de los EEUU, ¿Cómo explicás que en la Argentina, el analfabetismo ambiental no se visibilice todavía mucho más?

MARISTELLA SVAMPA Yo creo que uno de los grandes problemas radica en que esta ceguera epistémica y este analfabetismo ambiental se basan en la idea de que lo

1. Ver *Global Warning of 1.5 °C* <https://www.ipcc.ch/sr15/>

ambiental y lo social se oponen. Y en definitiva es necesario explotar los recursos que nos brinda tan generosamente la naturaleza para poder brindar este mayor bienestar y reducir las enormes brechas de la desigualdad en nuestro país y en nuestra región.

Es necesario desmontar esta falsa oposición entre lo social y lo ambiental porque si uno mira lo que sucedió en los últimos quince años, inclusive al calor de los *commodities*, el crecimiento económico que se produjo no redujo las brechas de la desigualdad especialmente en América Latina y la República Argentina. Disminuyó la pobreza, pero estuvo lejos de disminuir las desigualdades que en realidad lo que muestran es un acrecentamiento de la riqueza de los sectores más rico o los super ricos en toda la región latinoamericana.

Si con *fracking*, con minería y con más soja no pudimos reducir las desigualdades, sin dudas debemos avanzar hacia otros modelos de desarrollo. En esa línea también me gustaría decir, ya lo subrayó Inés, que en realidad antes que mostrar una contradicción entre lo social y lo ambiental hay que destacar el hecho de que hay una coincidencia entre el mapa del deterioro ambiental y la pobreza.

Son los sectores más vulnerables los que más sufren ante el avance del extractivismo en convergencia o en alianza con el Estado. Son los que más van a sufrir ante el impacto del cambio climático porque son los que están menos preparados para hacer frente ante ello. Y son los que más están sufriendo los impactos de esta pandemia que parece no terminarse nunca.

Yo creo entonces que es necesario dejarse de lado de esta suerte de cliché que es como el núcleo duro de ciertos sectores, sobre todo ligado al progresismo, que tienen una fuerte dificultad por incorporar los derechos ambientales. Por incorporar como algo central a la crisis socioecológica, inclusive a la hora de discutir sobre lo que a nivel global se está pensando, el llamado *Green New Deal* o *Global Green New Deal*, y lo que desde América Latina estamos impulsando como pacto ecosocial e intercultural del sur.

Ahí también nos encontramos con este punto ciego porque nuevamente la clase política considera que se puede hacer la transición con más minería y con más explotación de combustibles fósiles. Nosotros creemos que es necesario realmente articular la agenda social con la agenda ambiental, creemos que es necesario, por ejemplo, avanzar en un impuesto a la riqueza, es necesario transformar y reformular la agenda sobre el sistema tributario. El sistema tributario argentino es sumamente desigual y creemos que es necesario avanzar.

Como ya lo dijo también la CEPAL: avanzar en un ingreso universal ciudadano. Sin embargo, acá se está discutiendo un impuesto a la riqueza en el cual el 25 % del mismo estaría destinado a la producción del gas. Digo, algo más irracional que eso, más descabellado, que va en contra absoluto de la transición, contrario a la agenda de la transición energética, no encontramos paralelo. Todo esto tiene sus dinámicas locales, y territoriales, y aparece ilustrada en los modelos de (mal)desarrollo que insisto no nos ha sacado de la desigualdad. Más bien están asociados a la concentración de riqueza que hoy son uno de los grandes problemas del mundo contemporáneo. Necesitamos abrir la agenda, pero para ello además de ese consenso científico del que habla Inés, necesitamos que la sociedad presione. Que movilice desde abajo e impulse la decisión política que nuestros legisladores, o que el conjunto de la clase política, parecieran ahora no querer dar. Sea por temor o sea por las presiones de todos los *lobbys* empresariales que hay defendiendo modelos de desarrollo insustentable.

CONVERSACIÓN 3

**La disrupción
ambiental**

MARINA AIZEN Me pregunto cómo se puede ser progresista y al mismo tiempo tener un plan económico que es negacionista en la Argentina de este tipo de acuerdos. Esa dicotomía es inexplicable. No se puede engañar a la atmósfera, la física es una ciencia exacta, no podemos tener un discurso que pareciera que hacemos y no hacemos.

INÉS CAMILLONI La atmósfera no tiene fronteras. Lo mismo está pasando ahora con el virus que demuestra que no hay fronteras. Creo que algo que tenemos que tomar de todo lo que está pasando son las lecciones aprendidas con respecto a la necesidad de dar respuestas a todo lo que nos enseña que la supervivencia está amenazada. Y que nos hace ver que el tiempo se está acelerando.

Antes hablábamos del cambio climático y parecía ser la cuestión más complicada por eso era al fin de siglo. La realidad es que la aceleración que estamos viendo de todos los procesos vinculados al cambio climático nos marcan que todo tiene que ver con eso. Y muestran la necesidad de dar respuesta urgente con los niveles de supervivencia que están amenazados. En ese sentido también son importantes algunas de las cuestiones que nombró Maristella. Tienen que ver con la inundación que ocurrió en La Plata, con la tormenta que ocurrió en Comodoro Rivadavia, etc.

Tenemos eventos cercanos que se salieron de las escalas previsibles y en algún punto también nos estamos enfrentando a un dilema que es menos previsible. Si nos preguntan ahora a quienes trabajamos en las ciencias del clima, cuánto es lo máximo que podría llegar a llover en una determinada ciudad, la realidad es que no lo sabemos. Después de lo que pasó en La Plata, después de lo que pasó en Comodoro Rivadavia, tenemos un margen de incertidumbre que es alto.

Pero lo que sí sabemos es que son cosas que pueden pasar y cosas todavía menos frecuentes. Entonces me parece que en ese sentido es fundamental la llamada urgente sobre la necesidad de implementar políticas y repensar las ciudades. Porque no tenemos que olvidarnos que ahora algo más de la mitad de la población del mundo vive en ciudades. Y la estimación es que para el 2050 la población será de dos tercios a nivel mundial. Tenemos mucha gente en poco espacio y eso nos vuelve altamente vulnerables a estos efectos que produce el cambio climático.

Por lo tanto, las ciudades son parte del problema porque es donde más se emiten los gases que produce este cambio climático, pero tienen que ser parte de la solución porque se ven enormemente amenazadas. Y no solo a las personas que viven en ciudades sino también a la estructura. Por eso hay que sumar los ejemplos que tenemos de ciudades que ya están trabajando activamente en el cambio climático, que son ejemplos que nos sirven para escalarlos también, que nos permiten pensar en una escala nacional o regional.

MARINA AIZEN Maristella, ¿te parece que el capitalismo puede dar respuesta a todo esto?

MARISTELLA SYAMPA El capitalismo es responsable de esto, sobretodo el capitalismo neoliberal que se ha consolidado en los últimos treinta años de la mano de la

Organización Mundial del Comercio, porque efectivamente esa nueva arquitectura financiera comercial mundial es la que agravó o aceleró el metabolismo social del capital.

Hoy se requiere más materia prima y más energía para mantener un modelo de consumo que es insustentable. Por eso es necesario hacer presión sobre los territorios, destruir ecosistemas y desplazar a las poblaciones. Así es que el capitalismo neoliberal es un gran responsable de este desastre.

La OMC está en el centro de ese dispositivo internacional, y es algo que deberemos reever al calor de esta pandemia que ha mostrado sin duda también el fracaso de ese modelo neoliberal, y que coloca la necesidad de instalar una agenda de transición socioecológica que tiene sus diferentes aristas. Tiene una arista ligada a la cuestión energética, lo sufrimos lo padecemos acá en la Argentina porque tenemos un paradigma energético basado en los combustibles fósiles. Y tenemos que hacer la discusión para orientarlos no solo a hacer las energías limpias y sustentables, como la eólica o solar, sino que tenemos que dar la discusión de qué hacemos con el litio.

Si seguimos soportando que se consolide un modelo de expropiación transnacionalizado que atropella a las comunidades, y destruye un ecosistema frágil como son los salares, esa discusión sería nos la debemos para pensar la transición energética. Tenemos que pensar una transición productiva y alimentaria, sobretodo fomentando la agroecología que está lejos de ser una moda. En toda América Latina se expande, e inclusive en un país como la Argentina que está invadido por un mar de soja las experiencias son cada vez más ricas, y está ligada no solamente a movimientos sociales sino a la experiencia de la economía más convencional que considera que es necesario producir sano. No depender de los paquetes tecnológicos que son altamente contaminantes y asegurar así mas trabajo a la población.

Y por último como bien decía Inés también tenemos que, digamos, cambiar el modelo urbano. América Latina es la región más urbana del planeta con el 80 % de la población que vive en las ciudades. En la Argentina eso es aún más grave. Siempre digo que el Antropoceno es también un Urbanoceno, que nos afecta particularmente porque el 91 o 92 % de la población en la Argentina vive en las ciudades. Sobre todo, está concentrada en el AMBA.

Tenemos que promover una política de relocalización rural que esté conectada también a un modelo socioproductivo de consumo cercano, de consumo sano vinculado a la soberanía alimentaria, son grandes desafíos, no lo dudamos, pero ante la alternativa que se abre que es la del capitalismo del caos, el colapso ecosistémico, la consolidación de las desigualdades y la expansión de las extremas derechas, bueno realmente ese panorama que nos presenta el escenario de hoy es el que tenemos que cambiar, todavía estamos a tiempo y además hay fuerzas sociales, hay acumulación de luchas, hay consenso científico, Como dice Inés, se está construyendo un consenso cultural. Es necesario entonces abrir, abrir esa agenda y sobre todo interpelar a las clases políticas y económicas que nos están llevando al terricidio.

MARINA AIZEN En medio de este debate, de esta situación tan fea como es el COVID-19, sobre la inminencia del colapso ambiental, esta conversación me deja esperanzada de que podemos hacer algo y encontrar nuevos consensos y es un punto de partida para este diálogo tan necesario.